

# ¿Voto útil o voto fútil?

Gabriel Guerra Castellanos

Escribo estas líneas antes de conocer los primeros resultados de la jornada electoral mexicana, tanto en lo que respecta al desempeño de los partidos como en participación ciudadana, expresada lo mismo en la votación efectiva que en las opciones representadas por la anulación del voto o la abstención.

Es mucho lo que se ha dicho y escrito ya acerca de las campañas; de la selección de candidatos; de las estrategias —o falta de ellas— de sus dirigentes; de cómo se condujeron los niveles del Ejecutivo (federal, estatal, municipal) antes de las elecciones; de sus acciones, omisiones, buenas y malas intenciones. Causó tanto o más interés y cobertura que las campañas la así llamada “contracampaña”, que buscó promover —ya veremos si exitosamente— el voto en blanco o nulo como forma de expresar la cada vez más profunda y extendida insatisfacción con el sistema de partidos y las leyes que regulan —es un decir— la vida política mexicana. El caudal de voces prestigiosas que se levantaron para llamar a esta novedosa forma de protesta deberá ser suficiente para que cuando menos partidos y candidatos electos acusen recibo y tomen en cuenta los “no votos” recibidos como si lo fueran para una nueva y diferente fuerza política, la de la inconformidad y de las ideas frescas e innovadoras.

Ni los escándalos, que vaya que fueron muchos y muy sonados, bastaron para opacar este movimiento. Afortunadamente surgieron iniciativas que permitirán un estimado más o menos certero del nivel de impacto de la “contracampaña” de la ciudadanía, que sin patrocinios ni financiamientos, sin escandalizar ni causar estragos a la ya traquetada legalidad electoral, podría resultar en un nuevo factor a tomar en cuenta en la nebulosa ecuación electoral mexicana.

Tampoco podremos ya desestimar la abstención como mero resultado de la apatía ciudadana, más influida según se decía por el clima o las alternativas de entretenimiento deportivo del día que por el rechazo a las opciones partidistas. Ni vale tampoco ya el argumento de que la gente no salía a votar pues conocía de antemano el resultado: esos eran los viejos tiempos de la democracia simulada, que se fueron esperamos para no volver, si bien el saldo de los avances en los últimos 12 años deja qué desear.

Esa mala calificación no se debe a los incidentes de la jornada, que al momento de escribir este artículo suman legión y que quizá pueden atribuirse, al menos en parte, a la crispación que se vive a nivel nacional, agudizada en 2006 pero intensificada y agravada por los actos de muchos

de los actores políticos que deberían tener mayor responsabilidad con su país. Sin distinguos partidistas, sin que influyan aquí simpatías o antipatías ideológicas o personales, merecen menciones especiales las campañas de la mentira y la difamación, las que buscaron dividir a sus partidos, los manejos descarados de los dineros y de la evasión publicitaria. ¿Nombres? Ni falta que hace darlos, si todos sabemos quiénes son, donde abrevan sus ideas y conductas que ni merecen el calificativo de malignas: son malas a secas.

Llegamos a esta jornada cargando a costas no sólo el encono y los rencores, sino también, y mucho más grave, el descrédito y desprestigio de una clase política que se ha dedicado tenazmente a convencer a propios y extraños de que el sistema actual, la partidocracia, la legislación incompleta e ineficiente, están todos diseñados para alejar a la sociedad y a los ciudadanos de la política, y a dejarla, como lo está ahora, en las peores manos, las de los que la practican.

Pero la desilusión y el desencanto pueden tener repercusiones positivas para la vida pública en nuestro país, siempre y cuando todos registremos bien los saldos de la jornada: votos emitidos y anulados, abstencionismo real, costos medidos no sólo en miles de millones de pesos, sino también en la percepción de lo que valen —o no— la política nacional y sus protagonistas.

Entrada ya la tarde tenemos reportes de numerosas infracciones, mayores y menores, que empañan la parte que a mí en lo personal me parecería menos relevante de este proceso: la operación, la mecánica, pues, de las elecciones. Falta el conteo, las impugnaciones, la conformación de las cámaras, los festejos y los lamentos en estados, municipios y delegaciones. En todo ese andar tendremos un amplio y numeroso listado de quejas y denuncias que terminará dominando la cobertura noticiosa cuando en realidad pertenece al terreno de lo anecdótico.

Lo que de verdad importa, la participación o ausencia ciudadana en el proceso, puede pasar a segundo plano, lo que caería muy bien a los que no desean revisar a fondo un aparato político electoral que no está descompuesto: está roto.

Así, queda en manos de la sociedad —es decir, de cada uno de nosotros— asegurar que los votos y las voces de este 5 de julio —coloridos o en blanco, emitidos o anulados, y los de quienes decidieron no votar— no sean votos fútiles, que la participación o la falta de ella no haya sido en balde, que el aprendizaje de muchos pueda más que la tozudez y la avaricia de algunos.

gguerra@gcya.net

www.twitter.com/gguerrac

Analista

